

ESPEJOS

Muchas veces, en la noche, a muchos nos sucede mirar por la ventana el paisaje urbano.

Puede ser en cualquier momento del día, pero es mejor en la noche, y mucho mejor en la madrugada, en ese momento incierto en el que las sombras comienzan a disputarle al sol el imperio del cielo. Casi todas las ventanas están a oscuras. Casi todas duermen. Pero algunas no. Encendidas o apagadas, uno sabe, cada ventana encierra una historia. De pronto, en alguna de ellas se desliza una figura, en otra alguien está haciendo lo mismo, mirando por la ventana. La soledad del paisaje de las ciudades no es comparable a ninguna otra. Planos, edificios, que se superponen, las gentes en sus casas y una sirena que atraviesa el cielo. El otro, sigue allí, al igual que nosotros, mirando, mirando por su ventana. En ciertos momentos pareciera que nos devuelve la mirada. Son familiares, dicho esto en un sentido doble: son parientes de la soledad de la urbe y son los familiares que se mencionan en la mitología irlandesa, duendes que vienen a revelar o anunciar algo. Son el otro. No estamos tan solos, creemos, queremos, o nos conviene creer. En ninguna otra obra que haya visto se patentiza con tanta verosimilitud este atisbar la ciudad, esta sensación, como en las que propone Nora. Hay un pedazo de cielo desgarrado un recorte en los planos superpuestos desde donde ese otro nos devuelve la mirada, hay un marco blanco que marca nuestras distancias y otro marco, tormenta o amanecer, que impone y trasciende los límites propios de las obras. Somos lo que observamos, de pronto, nosotros somos el otro; se han eliminado las diferencias. Desde estas ventanas inestables, observamos o somos la caricatura eléctrica y seria del personaje enrulado o el barbudo que nos recuerda que el mar existe en alguna parte. Somos seres de la ciudad, de naturaleza desterrada. No hay gritos, no hay alaridos, no hay angustia: hay sí una suave contemplación, casi zen, hay aceptación. No creo equivocarme cuando siento (los sentimientos nunca se equivocan) que más que cuadros, los trabajos de Nora son espejos. Uno está allí. Uno no puede sino entrar en ellos, perderse en sus planos, ambular por su artificialidad que es una captación instantánea, en un sentido fotográfico, de la artificialidad de la vida urbana que, sin pájaros ni grillos, se atreve con la poética de cualquier gran ciudad. Ha logrado la artista recortar un momento sensible, un momento de soledad, un momento de contemplación, un momento lleno de preguntas que no pueden formularse y muy difícilmente contestarse. Ese momento íntimo puede colgarse ahora de un clavo y adquirir las características de una ventana por donde el otro que también somos nos contempla y lo contemplamos y nos decimos: en la ciudad somos así.

Ernesto Mallo

Espejos
Año 1998
Exposición
Espacio Giesso Reich
Buenos Aires